

## **El Catecismo** ***Testigos del Señor***

LUIS RESINES LLORENTE

**RESUMEN:** Con cierto retraso respecto de su publicación, pues el catecismo va por su tercera edición, este artículo hace una lectura profunda, para detectar sus puntos débiles al presentar la fe al pueblo de Dios. En asunto tan serio, los obispos españoles deberían ser más cuidadosos, más exquisitos al redactar, más preocupados al seleccionar colaboradores y más exigentes al aprobarlo. Si se tratara de un par de fallos, alguna inexactitud, o un error insignificante, no habría materia para un artículo. Por desgracia no es así, y han ofrecido al pueblo de Dios un catecismo claramente mejorable.

**PALABRAS CLAVE:** Catequesis, Catecismo, Testigos del Señor, Conferencia Episcopal

**ABSTRACT:** With some delay since its publication, for the catechism is already in its third edition, this article makes a close reading to detect its weaknesses as it exposes the faith to the people of God. In such a serious matter, the Spanish bishops should have been more careful, more exquisite in the draft and formulation of the text, more discerning in the choice of redactors and more demanding in its approval. If it were a couple of mistakes, some inaccuracies, insignificant errors, there would not be material enough for an article. Unfortunately this is not the case, and the Spanish bishops have offered the people of God a catechism clearly much in need of improvement.

**KEYWORDS:** Catechesis, Catechism, Witnesses of the Lord, Episcopal Conference.

En la presentación que se llevó a cabo de este catecismo, largamente esperado, se proporcionó el dato de que el año 2004 el obispo de Málaga, Jesús Catalá, realizó un primer esbozo de lo que podría ser. Han transcurrido diez años y ahora se ofrece a la comunidad eclesial española el catecismo oficial, cuya autoría hay que asignar a la Conferencia Episcopal. A ello habría que sumar el dato ofrecido en la presentación según el

cual los obispos habían pedido la elaboración de catecismos locales en 1996. Desde entonces han transcurrido diez y ocho años, lo que lleva a reflexionar sobre si la Iglesia es eterna, o más bien es lenta de reacciones.

Los diez años desde el primer borrador dan mucho de sí, y cabía esperar un resultado mejor, que se hubiera pulido con todas las consultas que fueran pertinentes, de forma que lo que los obispos ofrecieran a la comunidad eclesial fuera más aquilatado. Lamento sinceramente, como miembro de esta comunidad eclesial, que la publicación no responda a lo esperado, ni tampoco a lo que es necesario en muchas comunidades locales. He escuchado a una persona con larga experiencia en la catequesis parroquial, al leer los apuntes que he anotado durante la lectura: «¿Cómo no han consultado con tiempo a personas capaces, para evitar estos fallos?» Es posible que las consultas que se hayan llevado a cabo hayan seleccionado a ciertas personas que no los han visto. Pero desde noviembre de 2013, en que se nos dijo en público que estaba prácticamente concluido, ha habido tiempo sobrado para una revisión pausada. Diez años para redactarlo; unos meses para revisarlo, y un resultado notablemente mejorable.

Se nos hizo saber en la presentación del catecismo, que éste era una adaptación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. La constitución *Fidei depositum* no indica exactamente que haya que adaptarlo; y en 4,4 precisa que la función del *Catecismo de la Iglesia Católica* es «alentar y facilitar la redacción de catecismos locales» por lo que cumpliría con su función con que alentara y facilitara la redacción de nuevos instrumentos para la educación de la fe. Es el *Directorio general para la catequesis*, 133, quien señala cómo ha de ser la adaptación, con cinco notas:

1. Se ha de mantener y preservar la síntesis de la fe, con la incorporación de aspectos de la propia cultura.
2. Ha de presentar el mensaje de un modo cercano a la mentalidad del destinatario.
3. Se ha de cuidar la forma de vivir el hecho religioso en una sociedad determinada para la que está destinado.
4. Ha de incorporar la problemática social.
5. Ha de incorporar las situaciones peculiares que vive la iglesia local a la que se destina.

No estoy absolutamente convencido de que estas cinco notas se hayan observado plenamente.

También se nos dijo que el nuevo catecismo pretende como objetivo la continuidad con el titulado *Jesús es el Señor*, publicado el año 2008. Esto equivale a afirmar que nada ha cambiado en la Iglesia en los últimos años, y que no se ha producido una inflexión para retomar otro estilo más acorde con el evangelio, más cercano a las personas, y que tenga más en cuenta las enseñanzas conciliares, tan celosamente soterradas. La demanda de evangelización abierta y franca no se puede llevar a cabo con criterios o procedimientos que apuntan con evidencia en otra dirección.

Me propongo analizar algunos elementos, afirmaciones y omisiones de *Testigos del Señor*.

#### ESQUEMA

El esquema que se ha elegido es uno entre los posibles, infinitos. Es nuevo respecto a los muchos esquemas de catecismos que conozco. Pero es claro que no hay que hacer cuestión de esto como si fuera un logro increíble. Porque lo que de verdad importa es que el contenido que se ofrece siga ese esquema trazado, lo que facilita el desarrollo de los temas; y, a la vez, que presente en debidas condiciones la fe cristiana.

El *Directorio general para la catequesis*, 135, ofrece diversas posibilidades de esquema, sin pretender agotarlas. No es de recibo que se invoque precisamente ese lugar del documento citado para pretender sancionar el esquema elegido<sup>1</sup>. El esquema es nuevo, en contraste con otros muchos más tradicionales y ampliamente usados. Tiene la ventaja de la novedad –lineal, según el desarrollo de la vigilia pascual– lo que ayuda a percibir el desarrollo de los temas abordados en el catecismo. Sin embargo, esto presenta una dificultad para el uso que se pretende con el catecismo, previsto para dos etapas de catequesis parroquial, o cuatro años, tal como se indica en la *Guía básica*<sup>2</sup> adjunta al texto.

No es el único inconveniente. Cualquier misal o tratado litúrgico señala cuatro partes para esta celebración: primera: liturgia de la luz y pregón pascual; segunda, liturgia de la palabra; tercera, liturgia bautismal;

<sup>1</sup> J. L. MARTÍN BARRIOS: «En este sentido, y a tenor de las indicaciones del Directorio General de Catequesis (n. 135), este nuevo catecismo se presenta siguiendo la estructura de la Vigilia Pascual y sus grandes momentos», en *Vida Nueva* n° 2902, 12-18 julio de 2014, 15.

<sup>2</sup> SECRETARIADO DE LA SUBCOMISIÓN EPISCOPAL DE CATEQUESIS, *Guía básica para comprender y trabajar con el catecismo Testigos del Señor*, Madrid, Edice, 2014.

y cuarta, liturgia eucarística. Por consiguiente, ha habido que forzar una parte más, una parte quinta, acerca de la conducta que ha de mantener el cristiano, además de la adición de algunos modelos posibles a tener en cuenta. El mismo hecho de que la celebración siga un ritmo litúrgico, y no pretenda mostrar una síntesis orgánica y completa de la fe, permite poner entre interrogantes el esquema adoptado, como si fuera el mejor para un catecismo, que sí pretende una síntesis orgánica de la fe.

En concreto, en la vigilia pascual, durante la liturgia de la palabra, más en particular, en la lectura de la carta a los Romanos (Rm. 6, 4) se enuncia el cambio que entraña resucitar con Cristo por el bautismo: «que así también nosotros andemos en una vida nueva». Pero resultaba muy forzado conectar con esta frase toda la quinta parte del desarrollo de la vida moral del cristiano. El esquema, pues, resulta violentado en cierto modo con la inserción de una quinta parte, la de la moral, que no se contempla en la vigilia pascual. El esquema, pues, no lo es todo; ni siquiera lo más notable. Lo que importa, en realidad, es lo que el catecismo dice y lo que pretende que los catequistas enseñen.

#### ASPECTOS GENERALES

1. Estructura fija en los temas. En el desarrollo de los temas hay siempre una estructura fija. Constituye una tónica de numerosos catecismos, así como de libros de texto de uso escolar. Tiene la ventaja de que ayuda a la utilización, tanto como a la redacción; para ésta, sirve para colocar cada cosa en su sitio; para el acto de la catequesis contribuye a dar a cada apartado la valoración correspondiente. Tiene, por el contrario, el inconveniente de que encorseta, al tener que dar el mismo tratamiento a todos los temas, cuando hay temas que exigirían otro, con más desarrollo, con resolución de dificultar, sin limitarse a apuntar de pasada una cuestión, con la profundidad suficiente. No sucede así, y el esquema tipográfico rígido (tres páginas, más una cuarta con fotografía y texto bíblico) muestra sus limitaciones. Por ejemplo, para cuestiones candentes como ¿por qué existe el mal y qué tiene Dios que ver?, se da el mismo espacio como para cuestiones como la salvación es pura gracia divina.

Tan sólo una excepción notable: el tema 22, «Jesús es el Señor», con un total de 14 páginas, dada la importancia capital del tema, como es lógico. Si esta ruptura de la estructura fija se hubiera producido en más ocasiones, según la necesidad temática objetiva, se hubiera producido una

adaptación mucho mejor a «las situaciones peculiares que vive la iglesia local a la que se destina»: matrimonios rotos, paro laboral endémico, jóvenes desorientados, corrupción generalizada,...

2. Ausencia de llamadas. En el catecismo no hay llamadas o referencias internas, de unas páginas a otras, en las que se aborda el mismo tema, o cuestiones relacionadas entre sí. Esto constituye un notable fallo, porque con muy poco esfuerzo extra (por ejemplo, referencias numéricas en los márgenes) facilitaría la labor de los muchachos y de los catequistas. Pero tampoco se ha solventado en la *Guía básica*, y eso exige al catequista tener muy presentes todos los lugares afines y llevarlos anotados por su cuenta; de otro modo, se diluyen sin provecho, inútilmente, algunos esfuerzos realizados y algunas enseñanzas dispersas en lugares bien distintos.

Esto se puede constatar en cuestiones como el ineludible problema del mal: está enunciado como pregunta en la p. 37, eludido en la 55, despachado demasiado brevemente en 62, 65 y 89 (recuadro, con Job). En cuatro apuntes picoteados, mal se puede dar una respuesta serena y válida. Otro tanto ocurre con la cuestión, aguda, de si la fe y la razón se oponen y enfrentan: se plantea en la p. 37, se despacha con rapidez en la 41, aparece con timidez (¿miedo?) como confrontación entre fe y ciencia en 53, se despacha deprisa en la 257, se despacha con timidez en un recuadro en la 58, a propósito de la evolución; y se apunta que no hay contradicción en la *Guía Básica* (p. 100). Una cuestión tan notable no merece ser abordada tan mal. Además, no estoy tan seguro de que todos los catequistas tengan presentes todos esos lugares para hacer las oportunas llamadas de atención.

Esta cuestión de la ausencia de referencias es particularmente reseñable con relación a dos asuntos. En primer lugar, para evidenciar la unidad del credo, que se presenta fragmentado en cuatro apartados, ceñidos a las afirmaciones del esquema trinitario, más un apartado para las afirmaciones finales sobre la Iglesia (aunque aparezca en otro momento completo en las p. 308-309). Aparecen sin referencias mutuas los asertos correspondientes al Padre (50-51), al Hijo (102-103), al Espíritu Santo (148-149) y a la Iglesia (155-156). En esta ocasión, es previsible que los catequistas puedan suplir la dispersión tipográfica.

Pero acaso es más grave, por haber reflexionado menos sobre ello, cuando se trata de presentar el esquema de la historia de la salvación, que resulta menos repetido que el credo, y también menos conocido.

Aparecen a doble página varios fragmentos, en principio aislados entre sí, que parece que no reclamen unidad alguna. De esta forma hay que señalar una primera parte referida al Antiguo Testamento (96-97); otra segunda sobre la infancia y vida oculta de Jesús (104-105); otra tercera que versa sobre la vida pública de Jesús (118-119); y una cuarta sobre algunas actuaciones de la Iglesia, manifiestamente incompleta (160-161). Tampoco aparecen vinculadas en la *Guía básica*, que presenta (p. 136) lo referido al Antiguo Testamento como «la Historia de la Salvación», la infancia de Jesús (p. 144), la vida pública (p. 152), y ni siquiera se refiere a la doble página de la vida de los cristianos que figura en el catecismo donde debería, en la p. 176. Es una historia de la salvación descafeinada, o ceñida sólo al Antiguo Testamento.

Las únicas llamadas y referencias internas que se encuentran en el catecismo son las que se hacen a las preguntas que aparecen a partir de la p. 281, a las que se remite a lo largo de la exposición de las explicaciones. Sin embargo hay que señalar la ausencia de otras muchas referencias temáticas y de reclamos internos entre los temas y las materias, que, abordadas en el momento oportuno, hubieran ayudado notablemente a los usuarios del catecismo.

3. Empleo abusivo de las mayúsculas. Parece ser ésta una tendencia que se consolida cada vez que se publica un catecismo, porque en el catecismo precedente, *Jesús es el Señor*, se producía una y otra vez sin necesidad. No sé qué más comunica la palabra “Obispo”, que la otra “obispo”. Ya lo indiqué en su momento<sup>3</sup>, pero parece que la demanda ha sido inútil. Sugerí entonces que acaso se buscaba dar mayor realce a ciertos conceptos, para resaltar su importancia; no se me ocurre otra razón, pero ha vuelto a suceder lo mismo.

Se puede encontrar:

- «Pedimos Perdón» (p. 29), aunque la misma página incluye líneas después «Pedimos ayuda».
- «Patriarcas» aparece casi siempre con mayúscula (p. 46, 65, 66, 84), aunque en 77 figura con minúscula en el recuadro y en 78 junto al nombre de Abraham.
- «Profeta» se encuentra así en 46, 74, 81, 84, 89, 93, 127, 142, 206.
- «Libro» (un libro bíblico) consta en 60, 79, 89, 142 y 163; pero también «libro» en 163.

<sup>3</sup> L. RESINES, *El Catecismo Jesús es el Señor*, en “Estudio Agustiniiano” 44 (2009) 35-60.

- «Evangelio» en 74 y 163; aunque en 163 sea además «evangelio».
- «Carta» (a los romanos), es más destacable que «carta»: 215.
- «Juez» aparece en 77 (antes ha señalado que un «jefe» dirigía a Israel).
- «Sabios» se localiza en 89, 90; también en 90, «Sabiduría» (1Co. 1, 24), aunque en esa misma página figure con minúscula.
- «Salmos», en 79.
- «Alianza» figura en 72, 74, 84, 89, 106, 109, 111, 128, 158, 182, 206; (también «alianza», 72).
- «Ley» se localiza en 72, 74, 89.
- «Decálogo» consta en 72, 74, 127, 221.
- «Mandamientos» en 72 y 78; y en 78 «mandamientos»; y «Diez Mandamientos» en 72, 74, 221.
- «Pascua judía» figura en 127.
- «Doce» se encuentra en 128.
- «Muerte de Jesús», igualmente en 128.

Sin duda, son demasiadas ocasiones, y es posible hablar de abuso. No hay que acudir a las mayúsculas tan reiteradamente, ni se realza más, ni se expresa mejor la enseñanza.

4. Contradicción. El tema 13 habla de David, elegido por Dios como rey. La página 78 explica la expresión evangélica «Hijo de David», que se aplica a Jesús: «Que Jesús sea Hijo de David significa... que es el cumplimiento de la promesa hecha a David». Nada hay que objetar a esta afirmación. Ahora bien, en el catecismo de los mismos obispos *Jesús es el Señor*, se propone una enseñanza diferente: «En la página 27 consta una afirmación muy poco segura, cuando afirma que “En María has cumplido tu promesa”».

Ciertamente las dos frases no dicen lo mismo; ni es igual afirmar algo del hijo o de su madre. Que yo sepa, no se ha cambiado ni rectificado la enseñanza de *Jesús es el Señor*. Encontramos, por consiguiente, dos enseñanzas abiertamente diferentes (ambas, además, aprobadas por el consiguiente dicasterio de Roma). ¿A cuál de las dos prestamos nuestro asentimiento?

5. Ausencia. La p. 108, en el tema 18, aborda la encarnación de Jesús. Aparece esta frase: «Los cristianos creemos que Dios mismo nos ha manifestado el único camino para llegar hasta él: Jesús». Echo muy since-

ramente de menos una reflexión, acorde con el Vaticano II, LG 16, acerca de los hombres de otras religiones y de otros tiempos, que no han tenido acceso al camino privilegiado de Jesús.

En ese mismo contexto, echo de menos el texto de Col. 1, 15: «El es Imagen de Dios invisible», a propósito de que los hombres no podemos ver a Dios.

6. Tono de la enseñanza. En la página 111, tema 19, se habla de los pobres de Yavé. La ya indicada ausencia de referencias internas no facilita el retornar a la p. 89, en que se habla adecuadamente del concepto en su contexto, así como la otra expresión similar, el «resto de Israel». Tampoco se facilita avanzar a las p. 112 y 158, en que vuelve a aparecer. En cualquier caso, no estoy seguro de que sea un concepto tan notable como para tener que destacar en un catecismo para adolescentes (Recuerdo haberlo oído por vez primera en los años en que estudiaba teología, pero no en la adolescencia). Pero podría haberse facilitado la enseñanza de estos muchachos mucho más, si se hubiese conectado con la elección de María (p. 106), aunque tampoco se hace. Y no cabe duda que la persona concreta y conocida de María, elegida por Dios, resulta más fácil que sea captada por los adolescentes, que el más abstracto y poco conocido concepto de «pobres de Yavé», o «resto de Israel». Casi en la misma dirección, en la p. 111 aparece la expresión bíblica «plenitud del tiempo», aunque no se remita al texto bíblico que consta en 108, ni se aclare con una expresión parecida a «cuando Dios lo creyó oportuno».

La página 112 propone a «María, nuestro modelo». Creo que era el momento oportuno para haber incluido cualquiera de estas dos breves citas de LG 65: «María resplandece ante la comunidad de los elegidos como modelo de todas las virtudes»; o «la Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos...». No consta ninguna de las dos; no creo que hubiera sido muy complejo incluirlas. Y desde luego mucho más útil que remitir, como hace la *Guía básica*, a la lectura íntegra de los n. 52 a 65 de *Lumen gentium*, es decir, tres de las cinco partes del capítulo VIII, dedicado a María en la constitución conciliar. Es un caso patente de que lo mejor es enemigo de lo bueno.

7. Omisión lamentable. El tema 25 habla de la Iglesia, con el título «Sois Pueblo de Dios» (de nuevo la mayúscula, en tanto que el Vaticano II emplea minúscula, LG, cap. II). La explicación del catecismo comienza diciendo: «La misión de los Apóstoles empezó a fructificar bajo el impul-

so del Espíritu Santo...» (p. 157, párrafo 1º). En el párrafo quinto sigue: «...la Iglesia de Jesucristo sabe que la luz y la fuerza del Espíritu Santo...». Exactamente se han invertido los términos respecto a lo que enseña el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, que comienza así: «La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser sacramento universal de salvación, por exigencia misma de su catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador, se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres. En efecto, los mismos Apóstoles...» (AG, 1).

La misión es: ¿misión de la Iglesia?, o ¿misión de los Apóstoles? Da la impresión que la enseñanza conciliar se ha trastocado, proponiendo en primer lugar a los apóstoles y en segundo a la Iglesia, cuando el concilio, con un criterio teológico mucho más aquilatado, señala que es misión de toda la Iglesia, de la que los apóstoles constituyen una parte.

Pero, con ser sería esta inversión, no es lo más importante. En esa misma página muestra que la comunidad creyente da testimonio de Jesús y aparece el término acuñado de Iglesia. La página 158 muestra que la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios; se cita como fuente doctrinal el prefacio común VII, pero se omite el precioso y rotundo texto de LG, 9: «Dios... quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa». Naturalmente, entra en el terreno de lo opinable cuál gusta más a cada uno; pero no resulta fácil entender que una enseñanza conciliar tan destacable no aparezca expresa.

Pero aún hay más. Puesto que a lo largo de todo el tema no aparece por parte alguna que la iglesia está constituida por tres categorías de personas, integradas en el pueblo de Dios: ordenados, religiosos y laicos, en el orden que se prefiera. Esto tan elemental, tan simple, tan básico no aparece en el tema, que es donde debería aparecer. Quien no lo crea, que lea y relea el tema 25, por ver si lo encuentra.

¿Para cuando, entonces? Parece que se ha olvidado para siempre. El tema 26 se centra en los apóstoles y sus sucesores, y en particular en el apóstol Pedro y su sucesor. En la página 163 se recoge que los que se bautizaban (y los que se bautizan hoy) se incorporan a la comunidad; y también que los apóstoles la presidían. La p. 164 señala que algunos son pastores en la Iglesia, y que hay tres órdenes: obispos, presbíteros y diáconos. En la p. 175 se habla de los tres grupos como ministros ordinarios del bautismo. Esta misma enseñanza aparece a lo largo del catecismo otras dos veces, ambas en la p. 194; es decir, cuatro ocasiones en total,

más otra quinta en la pregunta 109. Pero no constan las tres categorías o grupos de personas en la Iglesia: laicos, religiosos y ordenados.

En la p. 175 (tema 28) se habla en recuadro, y muy de pasada, del sacerdocio común de los cristianos (LG, cap. II, n. 10 y 11) al afirmar que «el bautismo... lo hace partícipe del sacerdocio de Cristo», aunque no se explica en qué consiste esto. En el recuadro de la p. 197 (tema 33), aparece de pasada: «¿Seré sacerdote..., seré religiosa... quiero ser laico misionero?». Y en la p. 199 (tema 34, sobre el matrimonio) se anota, igualmente en recuadro, «el camino de la virginidad o del celibato... y también las personas que viven solas por otros motivos» (soltería). La oración por las vocaciones de la p. 197 se centra exclusivamente en sacerdotes y religiosos.

Mal, muy mal tratada la realidad de los miembros de la Iglesia. Una lamentable omisión. Aparecen cinco veces los tres órdenes de obispos, sacerdotes y diáconos, y no aparece ni una sola vez que en la Iglesia hay ordenados (capítulo III de LG), laicos (capítulo IV de LG), y religiosos (capítulo V de LG). Algo no marcha.

8. Precisar la resurrección. El tema 22 es capital en el catecismo. Cuando aborda la resurrección de Jesús (p. 134-135), en conjunto bien presentado, se encuentra una afirmación desconcertante: «La resurrección de Cristo es un acontecimiento histórico, atestiguado y verificado mediante signos y testimonios». En los momentos actuales de la investigación y reflexión teológica resulta chocante, ya que una amplia corriente indica que la resurrección de Jesús escapa a la historia y no constituye un hecho histórico que pueda ser verificado por los procedimientos habituales de comprobación<sup>4</sup>. Lo que sí es comprobable es que a partir de entonces un grupo de personas afirman y reafirman que lo han visto vivo, de lo cual no albergan ninguna duda. Pero el hecho en sí, se escapa a la comprobación histórica. Precisamente por eso, el catecismo induce a un

---

<sup>4</sup> O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret*, Madrid, BAC, 1975, 378: «La resurrección no es, por tanto, objeto de la teología, primariamente en cuanto que sea un acontecimiento que acontece históricamente en el tiempo y lugar (*Geschehen*), sino en cuanto que es un acontecer personal a alguien referido a otro alguien e interpretado desde él y hacia él (*Ereigniss*), creando a la vez una nueva posibilidad de existencia para aquellos a quienes es anunciada (*Bedeutsamkeit*)»; J. A. PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*, Madrid, PPC, 2007, 7ª ed., 418-419: «La resurrección no pertenece ya a este mundo que nosotros podemos observar. Por eso se puede decir que no es propiamente un “hecho histórico”, como tantos otros que suceden en el mundo y que podemos constatar y verificar, pero es un “hecho real” que ha sucedido realmente».

equivoco, pues lo presenta con la misma certidumbre que su vida o su crucifixión.

Más imprecisa es la afirmación que precede: «¿Cómo supieron los discípulos que Jesús había resucitado? Lo supieron por el hallazgo del sepulcro vacío y porque Jesús resucitado se les apareció». Si se separan las dos frases de la respuesta –y no sería nada difícil hacerlo por carencia de formación, mala lectura, explicación por partes– se ofrece una razón, la del sepulcro vacío, que no prueba nada. Los mismos testimonios evangélicos sobre las primeras noticias al no encontrar su cuerpo muerto en el lugar donde lo habían depositado no les llevó a pensar en la resurrección, incluso a pesar de los anuncios que Jesús había realizado. Esto constituye únicamente una condición indispensable para poder pasar a la resurrección; pero por sí sólo no constituye motivo para aceptarla. El propio evangelio no oculta lo impensable que resultaba aceptar el hecho de resucitar: «Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús» (Jn. 2, 22), como el mismo catecismo recoge.

En este mismo terreno, la p. 134 recoge la afirmación de que «la resurrección de Cristo no es un retorno a la vida terrena», y la p. 135 dice simplemente «fue devuelto a la vida por el poder de Dios». Existe el riesgo de prescindir u olvidarse de la primera frase, y como consecuencia malentender la segunda. Esto se hubiera podido solventar de forma muy sencilla: «...fue devuelto a *una vida nueva y distinta* por el poder de Dios».

9. Oportunidad desperdiciada. La página 171 habla de los mártires de la Iglesia; pero se ciñe exclusivamente a los de la comunidad primitiva, de Jerusalén. ¿No ha habido más?, ¿no se podía abrir el abanico con apuntes de otras situaciones? Si la página anterior habla de cualquier cristiano de no importa qué época o lugar, no había que empobrecer las posibilidades. En la página indicada se repite el dibujo que consta en la p. 160, y era clara la oportunidad para que un dibujo de algunos fusilados, por ejemplo, evocara momentos más cercanos de nuestra propia historia. (En la p. 180, un recuadro habla de algunos cristianos que han sido martirizados, pero no se remite de un lugar a otro).

10. Cuestiones secundarias. En el examen de aspectos generales, cabe pensar que el catecismo ha desviado la atención en más de un

momento hacia cuestiones que no tienen una especial relevancia para la vida cristiana. Al menos si se tiene en cuenta el criterio conciliar de la existencia de una jerarquía de verdades, conforme a la cual es diversa la conexión de algunas cuestiones con el fundamento de la fe cristiana (UR 11). Con arreglo a este principio tan sano y tan sensato, cabe preguntarse si cuestiones como el ángel de la guarda (p. 55), o la oración de laudes o vísperas (p. 67), Horeb o Sináí (p. 72) eran tan importantes como para no poder prescindir de ellas.

#### CUESTIONES RELACIONADAS CON LA BIBLIA

Además de algunos aspectos generales, que han aparecido, el catecismo tiene también que ser examinado en el uso que hace de la biblia, como fuente indispensable en la fe de los cristianos. Hoy no es posible transmitir la fe sin una referencia constante, habitual y sentida a la palabra de Dios. El catecismo examina la cita con frecuencia, aunque no siempre bien. Creo que ver los lugares que son manifiestamente mejorables no debe impedir retener el convencimiento de un uso cordial y abundante de la biblia. Lo uno no está reñido con lo otro.

##### 1. Género literario mítico

No sé cuánto habrá que esperar aún para que se acepte de hecho la existencia de los géneros literarios en la biblia. La enseñanza ya es vieja, con más de medio siglo a sus espaldas. Pero eso no constituye obstáculo para que, *de hecho*, se siga desconociendo su existencia. Y eso, a pesar de que la constitución conciliar Dei Verbum, 12 hable expresamente de los géneros literarios, como algo que es preciso tener en cuenta para conocer la intención del autor, a quien Dios se ha revelado. El principio teórico está muy claro; no lo está tanto su aplicación práctica. Llevamos una serie de catecismos (por no hablar de otros escritos) en los que se desconoce en la práctica este principio, y se pone la atención en la pura literalidad textual, sin salirse un ápice de ella, como camino más seguro y sin riesgos de verse sometido a revisión.

Es de sobra conocido que los once primeros capítulos del Génesis pertenecen al género literario mítico, o, como también se ha dicho, protohistoria. Se intenta en ellos explicar una serie de cuestiones, con una o varias narraciones, que no tienen nada de científico, ni de histórico, ni de verosímil, pero que, como tantos mitos, aportaron una respuesta a ciertas

cuestiones, aunque tal respuesta haya tenido que ser completada y revisada: la creación del mundo, el origen del pecado, el mal y la muerte que somos capaces de ocasionar, una mítica catástrofe mundial, el arco iris, la variedad de lenguas a partir de un origen único,...

Esto se puede decir y enseñar, pero sin que llegue a las delicadas páginas de un catecismo, no sea que se altere la fe... de los débiles. Es prácticamente el mismo argumento que se utilizó en el siglo XVII, pues, para no alterar la fe poco formada de los ignorantes, hubo que sostener que el sol seguía orbitando la tierra, aunque Galileo saliera malparado; luego, hubo que pedir disculpas vergonzantes tres siglos después.

Los temas 7, 8 y 9 no se despegan de este criterio literal. Con cierta timidez se apunta en el recuadro de la p. 53 que se habla «simbólicamente»; con igual timidez, en el de la p. 60 se insinúa que «adán» y «eva» significan «hombre» y «viviente», por no decir «mujer» (deberían aparecer con minúscula, y no con mayúsculas, que inducen a continuar repitiendo el nombre personal de unos individuos particulares y concretos). En la p. 57, al igual que ocurría en la p. 53, se evita hablar del género literario mítico. Cuando en el tema 9 se plantea la cuestión del pecado, o por qué surge el pecado si Dios hizo todo bueno, se retorna al uso literal, ya que se empieza diciendo (párrafo 3º) que «el hombre y la mujer, su compañera, no obedecieron...», para continuar (párrafo 5º) que «Adán y Eva perdieron para sí y para toda la humanidad la gracia...». Si a esto se añade la expresión «el hombre... tentado por la serpiente...», estamos en la pura y simple literalidad, que no mejora cuando se añade «Adán, tentado por el diablo...» (p. 62). Habrá que ir a las p. 224 y 227 para volver a ver el tema de la tentación, aunque no haya referencias ni llamadas internas.

No se encuentran expresiones como «todos los hombres y mujeres, al igual que todos los seres, vivientes o no, fueron creados por Dios», o «cualquier hombre, cualquier mujer de cualquier tiempo o lugar es capaz de decidir por sí mismo y elegir el mal en lugar del bien».

Hay miedo, hay pánico, a asumir planteamientos como la evolución. El recuadro de la p. 53 se atreve a abrir una rendija de la ventana al apuntar: «Algunos te dirán que lo que relata la Biblia sobre los orígenes del mundo es casi imposible. Sin embargo...». El recuadro de la p. 58 filtra que «[el hombre y la mujer] son una novedad tan grande respecto de los animales que las teorías científicas que explican al ser humano solo como un animal más evolucionado no responden a la realidad última de su ser». Es todo cuanto dice el texto sobre la evolución, sobre las explicaciones científicas plausibles, sobre el conocimiento del cosmos, del planeta, y

del propio hombre, sobre los logros de la humanidad, y sobre nuestros antecesores. Además, el recuadro señala que la Biblia no pretende proporcionar una explicación científica. No se dice más; y es penoso. La *Guía básica* (p. 100) puntualiza en este aspecto que, según las abundantes y ponderadas afirmaciones del recuadro de la p. 58, «no existe contradicción entre la ciencia y la fe». Con esto se pretende dar respuesta a la pregunta que figura en la p. 37: «¿Hay contradicción entre la fe y la ciencia?».

## 2. Lenguajes encontrados

Casi en estricta continuidad con lo precedente, la p. 60 alberga dos lenguajes, es decir, dos mundos bien diversos, sin que parezca que salten chispas. La explicación nos habla de «imágenes y de lenguaje poético. Pero esto se olvida totalmente en el recuadro, que presenta como seres individuados, personales y perfectamente diferenciados a Adán, Eva, Caín, Abel y Set. ¿Con qué lenguaje de los dos nos quedamos?: ¿el realista y preciso?, ¿o el poético y simbólico? Armonizar los dos en una misma catequesis y para unos mismos muchachos resulta complejo.

## 3. Presentación de los libros bíblicos (p. 48-49)

Una doble página, con bastante espacio disponible, no termina de ofrecer un resultado satisfactorio. Se ha querido transmitir la imagen de que no se trata de un almacén de libros, sino de una biblioteca que es consultada. Hay además cuatro espacios con explicaciones, que podían haberse reconsiderado, porque acaso una explicación conjunta y más reducida hubiera sido suficiente. Por otro lado, se detiene en algún punto, con repeticiones no fáciles de justificar, puesto que en otros lugares hay recuadros que hablan de «evangelio y evangelios» (p. 116), los Hechos de los apóstoles (p. 163), las cartas de Pablo (p. 216); del Antiguo y Nuevo Testamento se ha hablado ya en la p. 44. La propuesta de haber ganado espacio hubiera redundado en que los títulos de los libros, en los respectivos lomos de los libros dibujados, hubieran podido ser más grandes, y, sobre todo, que el color hubiera destacado más, para conseguir el efecto pretendido. La presentación elegida no ha sido la mejor.

## 4. La cuestión de los autores

La presentación anterior ha sido precedida por el tema 6, que habla de un Dios que se comunica con el hombre. Perfecto. Pero en toda la página 44 se refiere al Dios que habla, sin mencionar siquiera al hagió-

grafo, al hombre a través del cual se materializa y plasma la palabra divina. El autor humano aparece solapado en la explicación global de la p. 48, sin que se diga una palabra acerca de sus cualidades, de sus limitaciones, y de cómo Dios se sirve de una persona, sin manipularla, para hacer llegar a los demás sus deseos y su amor. Al fin y al cabo, no lo hizo tan mal el Vaticano II, que al explicar el concepto de inspiración emplea un lenguaje sencillo y asequible, incluso para adolescentes: «[Esos libros] tienen a Dios por autor... En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería» (DV, 11). Echo de menos esta explicación.

#### 5. El texto del Génesis

No insisto en la incidencia que se ha dado a la vigilia pascual en el catecismo. En la p. 53 se recuerda a los lectores que la primera lectura de dicha vigilia es precisamente el texto del Génesis. Esto nos sitúa ante una de las carencias que es posible detectar en la liturgia. Como lectura bíblica el texto no vuelve a aparecer a lo largo de todo el ciclo litúrgico. Lo que quiere decir que o se explica entonces, o queda sin explicación; y ante el motivo central de la resurrección de Jesús, lo que es factible llevar a cabo en la vigilia es una breve alusión, que no una explicación. Para solucionarlo, el catecismo lo incorpora aquí, como un tema que es preciso abordar en la catequesis de los adolescentes. La explicación que el catecismo suministra, sin embargo, resulta tan escasa respecto a las preguntas que se hace el muchacho que es prácticamente ineficaz.

#### 6. El nombre de Yavé

La p. 69 (tema 11) acoge la revelación que Dios hizo de sí mismo a Moisés, traducida: «"Yo soy el que soy"». Es muy bueno presentar un texto asequible; pero es igualmente bueno presentar la equivalencia entre «Yo soy el que soy» y «Yavé». Particularmente esto resulta útil si, como sucede, se utiliza en otros lugares el nombre de Yavé, como aparece en las p. 82, 89, 111, 158.

#### 7. David y Salomón

La presentación de algunos datos del Antiguo Testamento, o, en la línea de la vigilia pascual, de la historia de salvación, se detiene en el

tema 13 en la persona de David (p. 77-79). Resulta curioso, porque precisamente esta referencia a los reyes bíblicos no está presente en la vigilia pascual. Pero no está de más en el catecismo. De David se menciona su elección (acaso podría haberse abreviado), y en la página siguiente, su pecado. Pero de Salomón se omite su pecado, y únicamente se dice que «a su muerte, el reino de David se dividió en dos». ¿No podía haberse incluido: «Pero Salomón no fue fiel a Dios»? Porque sí hay espacio disponible.

Y respecto de David se enseña (p. 79) que «inspirado por el Espíritu Santo, muestra en los salmos cómo debemos rezar». Es ciertamente una de las posibilidades de la oración, pero no la única, como podría desprenderse de la lectura. En cambio, lo que no se dice, y hay que buscarlo en la p. 87 es que ha habido otros salmistas, muchos de ellos anónimos. La frase anterior puede tender a perpetuar la creencia de que todos los salmos son de David. Y no creo que todos los catequistas caigan en la cuenta del detalle, ni que en el catecismo se habla al menos de dos compositores de salmos.

#### 8. Transferencia injustificada

El tema 14 aborda la cuestión de los profetas, transmisores de la palabra divina; en la p. 82 sube al epígrafe la afirmación «Jesús es más que un profeta». Así como hay que reconocer que es perfectamente oportuno el texto del comienzo de la carta a los Hebreos, es inadmisibles la alteración de la palabra de Dios, porque, como es sabido, es el propio Jesús quien afirma de Juan Bautista que es «más que un profeta». Por tanto, el texto debería figurar en la p. 93, y debería referirse a Juan el Bautista, que es como está recogido en el evangelio (Mt. 11, 9; Lc. 7, 26). No me parece serio transferir las alabanzas de uno a otro, como no es serio hacer enjuagues con la palabra de Dios.

#### 9. Secciones inconexas

Al llegar a la persona de Jesús, se ofrecen tres síntesis de algunos hechos recogidos por el evangelio: la infancia y la vida oculta (p. 104-105), la vida pública (118-119), y el misterio pascual (p. 124-125). No hubiera estado de más que en el propio catecismo se hiciera una llamada a relacionar las tres secciones, igual que se hace en la *Guía básica*, 141, párr. 4º. Es bueno que el catequista esté avisado de la vinculación, pero nada se pierde –y se gana bastante– con que el muchacho también esté al

tanto. En este punto, no hay más remedio que decir que la conclusión a que se llega en las p. 118-119, «El misterio de Jesús» resulta, tipográficamente, muy pobre. Y hubiera sido bueno aclarar que a la pregunta de sus contemporáneos, la Iglesia, animada con la fe postpascual, ofrece la respuesta que implica la confesión de fe.

#### 10. Comillas y no comillas

En el catecismo se ha tomado la opción de emplear la negrita para los textos de la palabra de Dios (y para otras citas), sin comillas; éstas se emplean para frases dentro de la cita. Así se evita emplear comillas dentro de comillas, con dos tipos diversos. Es una opción posible. Sin embargo, las cosas no son tan simples, porque en la p. 117 aparece lo siguiente: «Jesús nos dijo: “Orad, pedid en mi nombre, no os canséis y confiad en la bondad del Padre; cuando pidáis hacedlo de corazón, para que se haga su voluntad”». Para cualquiera que lo lea, es evidente que todo cuanto sigue a los dos puntos, y entra dentro de lo acotado por las comillas voladas (“”) son palabras de Jesús recogidas textualmente en el evangelio, como lo son también las que están en negrita. Esto es sencillamente manipular la palabra de Dios. Componer una frase con enseñanzas de Jesús debería llevar a decir: «Jesús nos enseñó...». Pero da la impresión de que todo vale.

Por el contrario, cuando son necesarias las comillas, y la correspondiente llamada, no se hace, como ocurre en la p. 15, al describir el inicio de la vigilia pascual, donde se anota: «Todos entramos en la iglesia, que está vacía y oscura: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Así, como está transcrito, no estoy seguro de que todos los lectores perciban la diferencia entre una invitación a la entrada en el templo, y la palabra de Jesús. Esto debería haber figurado de esta otra forma: «Todos entramos en la iglesia, que está vacía y oscura, *pues Jesús enseña a quienes le siguen*: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8, 12)». No creo que todos se fijen que estas palabras aparecen bien referenciadas en la p. 12, pero, como resulta habitual, una página no remite a la otra.

#### 11. Absolutamente inaceptable

En este punto, la falta de rigor llega al límite de lo inaceptable: en el catecismo se dice algo que es simplemente falso. Y no pasa nada, porque

ha sido aprobado por la autoridad correspondiente, «luego de haber analizado cuidadosamente el texto» (p. 3).

En la p. 115, del tema 20 se dice al pie de la letra: «Cuando comparece ante las autoridades judías y ante Pilato, el gobernador romano, Jesús responde claramente a la pregunta de si él es el Mesías, el Hijo de Dios: “Yo soy...” (Mc. 14, 62)». Esto es falso. El texto de Mc. 14, 62 precisa que Jesús responde a la pregunta del Sumo Sacerdote, que estaba reunido con «los sumos sacerdotes, los ancianos y los escribas» (v. 52), y «el Sane-drín entero» (v. 55); pero allí no está Pilato. Cuando es trasladado ante el procurador romano, la pregunta cambia: «Pilato le preguntaba: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Él respondió: “Sí, tú lo dices”» (Mc. 15, 2). Jesús no confesó ante Pilato que fuera el Mesías, el Hijo de Dios; y afirmarlo tan rotundamente como hace el catecismo es falsificar el texto evangélico.

Por otra parte, quienes han intervenido en la redacción del catecismo deberían saber que Poncio Pilato no era gobernador, sino procurador. El gobernador de aquella región tenía su sede en Siria, al norte, como atestigua Lc. 2, 2. En Palestina había un procurador subordinado a él, como atestiguan Lc. 3, 1; 20, 20; Mt. 27, 2.11.14.15.21.27; Mt. 28, 14, y Hch 23, 24.

## 12. Jesús es el Cristo

Se aborda en el tema 21, y en la p. 120 se concluye que «en la fórmula “Jesús es el Cristo” se expresa el núcleo de la fe cristiana». No hubiera estado de más alguna referencia a Hch. 28, 5. 28. Y tampoco hubiera sobrado, ya en el tema siguiente: Jesús es el Señor, que se hubiera manifestado que ambas expresiones («Jesús es el Cristo», o «Jesús es el Señor») significan la misma confesión de fe; ni hubieran sobrado referencias a Hch. 2, 21; Rm. 10, 9; y 1Co. 12, 3.

Esta carencia se podría haber corregido. Y, al contrario, alguna repetición se podía haber evitado, como en el caso del texto de 1 Co. 15, 3-4, que aparece dos veces seguidas en las páginas 125 y 126.

## 13. Otras carencias

Es patente que el texto del credo, tanto el apostólico como el que procede de Nicea y Constantinopla necesitan explicaciones para ser adecuadamente entendidos. Pero la p. 136 recoge, sin explicar, las afirmaciones de que «se sentó a la derecha del Padre», y que juzgará «a vivos y muertos». Junto a las preguntas finales, n. 66 y 67, una breve frase en el

texto de la p. 136 hubiera aclarado las cosas. Ni siquiera hacía falta un recuadro tan extenso como el de la p. 130 («Descendió a los infiernos», que se repite en la pregunta 60).

Otra carencia es también la de la falta de referencias explícitas en algunas ocasiones, como sucede en la p. 138: «Dice el apóstol san Pablo que...»; nada se perdía –y se ganaba bastante– remitiendo a Rm. 6, 4. En la p. 221 hay un recuadro encabezado por el epígrafe «La verdad os hará libres», pero nada permite localizar dónde se encuentran estas palabras de Jesús, en Jn 8, 32. También se podría mirar a la p. 62 que afirma que «Jesús era igual a Dios y tomó la condición de esclavo...». No se remite a Flp. 2, 6-7.

#### REPETICIONES

Mientras se detectan algunas carencias, hay que constatar también repeticiones no estrictamente necesarias. Así ocurre con el concepto de decálogo, y la expresión de los mandamientos, que se localiza en el recuadro de la p. 74, en otro recuadro en la p. 229, que vuelve a repetir los mandamientos, y en la p. 277 entre las fórmulas de la vida cristiana. O también con las bienaventuranzas, duplicadas en la p. 222 y 277. Igualmente el gloria que se recita en la misa figura en las p. 91 y 307, aunque en esta ocasión no se trata de un texto bíblico, sino litúrgico.

Con esto que precede emprendo la anotación de unas cuantas repeticiones, que no creo que siempre sean estrictamente necesarias. Es factible que, de haber empleado llamadas internas, resultara fácil la consulta de algo que vale la pena recordar o retener, sin volver a incorporarlo al texto. También el libro hubiera salido algo más aligerado.

Una, muy notable, es la que se produce en la p. 31, en la que sucintamente se explica el discurrir del año litúrgico; a sólo tres páginas de distancia, en la doble página 34-35, sale otra vez el año litúrgico complementado con ilustraciones. Por si esto no fuera suficiente, en la p. 94 hay un recuadro sobre el adviento, que es presentado por tanto en tres ocasiones. (No soy capaz de descubrir tampoco la razón última de que se dedique un recuadro especial al adviento, y no a otros tiempos litúrgicos).

- Que el bautismo ha de recibirse solamente una vez en la vida consta en tres ocasiones: en la p. 168, en la p. 175, y en la pregunta 95. Quizá con una hubiera bastado.

- La oración de bendición de agua en la vigilia pascual se duplica en las p. 147 y 176.
- Ya ha salido que en cinco momentos se habla de los tres órdenes de personas que han recibido el sacramento del orden: en la p. 164, dos veces en la p. 194, y otra en la pregunta 109; también figura en la p. 175 como ministro ordinario del bautismo.
- También se reitera que el orden no es sacramento que se pueda repetir en la p. 194 y en la pregunta 95.
- El recuadro de la p. 204, sobre cielo, infierno y purgatorio repite, sin más, las preguntas 85, 86 y 87.
- Las diversas formas de oración, posibles, aparecen en las p. 29, 117, 153 y 159, además del apartado dedicados a las oraciones del cristiano (p. 303 y ss).
- La calificación de pecados en mortal y venial (no en grave y leve) se encuentra en la p. 168, y de nuevo en la 226, además de la pregunta 120.
- El decálogo, como ya ha aparecido, se encuentra por triplicado en los recuadros de p. 74 y 229, y en la p. 277.

#### EXPRESIONES CON ALGUNA ENSEÑANZA EXTRAÑA

He preferido calificar así, de «enseñanza extraña», ciertas afirmaciones que se presentan a lo largo del catecismo, y que, bien podrían ser mejoradas en su forma, bien tendrían que ser reconsideradas, pues no estoy nada seguro de que se trate en todos los casos de la enseñanza más aquilatada que se puede presentar a los cristianos. Y es claro que no es lo mismo una frase dicha sobre la marcha, cuya precisión puede ser mejorada, que una frase pensada, revisada, escrita y aprobada, que no siempre acierta a transmitir bien las cosas. Lo malo es que es propio del honrado y principal «defendella y no enmendalla», y tengo la seguridad de que se quedarán sin revisar en la mayor parte de los casos.

«Él no era la luz, sino sólo testigo de la luz»

Así, consta en p. 18 que «Jesucristo ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra». Me parece poco serio identificar a Jesús con el portador que toma de aquí y entrega allá. El prólogo del cuarto evangelio indica que Juan el Bautista no era la luz. La afirmación del catecismo no armoniza demasiado bien con lo que la misma página presenta con las palabras del evangelio de Jn (1,9): «Él era la luz verdadera».

#### Olvido del Espíritu Santo

La p. 74 ofrece el epígrafe «En Cristo fueron creadas todas las cosas». Irreprochable lo que aparece, aunque no se explica la omisión del Espíritu Santo, Señor y dador de vida, como confesamos los cristianos. Hablar de la acción del Padre y del Hijo entraña completar la afirmación.

#### Lo «santo»

La p. 113 remite a la pregunta 159, en que se habla del «santo» rosario. Esto lleva a la p. 179 que recoge la expresión «santo» crisma (también aparece sin adjetivo) y «santos» óleos (en la unción de enfermos, p. 191, consta sin adjetivo). Hace ya tiempo –en 1961– firmó José Luis Martín Descalzo un precioso prólogo en el que decía: «Hace poco oí rezar una novena que sumaba un total de 44 “ísimas”: santísima, dulcísima, purísima... Me dijeron que era una novena que daba mucha devoción (...) Es hermoso leer esa misa en la que no hay una palabra que no pudiera entender un carretero, siempre, naturalmente, que los traductores fueran tan amigos de los carreteros como de los diccionarios»<sup>5</sup>. Nada se pierde ni nada se devalúa si se habla de rosario o de crisma, con sencillez.

#### Sacramentos de primera y segunda categoría

En cambio, en esa misma línea de sencillez expresiva, aparece otro extraño desajuste: la p. 179 habla del sacramento de la confirmación, en el cual el obispo «invoca» a Dios. Y en la p. 194 el sacramento que se presenta es el del orden, pero en esta ocasión el obispo pronuncia una «solemne oración consecratoria». ¿No son ambos sacramentos?, ¿no actúa en ambos el poder salvífico de Dios?, ¿no interviene en ambos

<sup>5</sup> J. L. MARTÍN DESCALZO, *Prólogo*, en M. QUOIST, *Oraciones para rezar por la calle*, Salamanca, Sígueme, 1961.

como celebrante el mismo obispo? Entonces, ¿por qué una es «invocación» y la otra es «solemne oración consecratoria»? A lo mejor hay que controlar el lenguaje.

#### ¿Anticipo de la vigilia pascual?

De momento dejo esta cuestión del lenguaje; habrá que volver más adelante a los sacramentos. Por hay otras cuestiones que llaman la atención. Tal es el caso de lo que se asegura en el transcurso de un tema tan notable como el 23, Jesús es el Mesías. Se llega, fuera del contexto de la infancia de Jesús, a la presentación del niño y la purificación de María. Con este motivo, es posible dar con una frase extrañísima: «la luz de las candelas, que anuncia la luz del cirio pascual...» ¿De verdad? Según esto, la celebración pascual de la muerte y resurrección del Señor tiene una preparación en la cuaresma; tuvo una antepreparación, suprimida en la revisión litúrgica conciliar, en septuagésima, sexagésima y quincuagésima. Pero ahora resulta que le ha salido un lejano precedente en la luz de las candelas del 2 de febrero. Surge, pues, la sorpresa.

#### “Gran descanso del Señor”

La p. 130 incluye un recuadro con el epígrafe «Descendió a los infiernos»; remite a la pregunta 60, en que se vuelve a explicar lo mismo brevemente (nueva repetición). En el mismo recuadro, entrecomillada, aparece la expresión «Ese día los cristianos meditan el “gran descanso del Señor”». Alambicada retórica para hablar de la muerte de Jesús, en tanto que el misal dice al respecto, con mayor sobriedad: «La Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte».

#### Definición de Iglesia

Con relación a la definición de la Iglesia, algo hay que decir, y alguna extrañeza suscitan diversos párrafos.

En primer lugar, hay que considerar el recuadro de la p. 25, con el epígrafe «¿Cómo nace la Iglesia?» En su desarrollo aparecen los siguientes cinco elementos:

- tiene su origen en el designio eterno de Dios (1°);
- fue preparada por la antigua alianza (2°);
- fue fundada por las palabras y acciones de Jesucristo (3°);
- brotó de su muerte y resurrección (4°);
- se manifestó como misterio de salvación (5°).

Esta definición-descripción, aunque necesita ser explicada convenientemente a los destinatarios del catecismo, es teológicamente más válida que la que figura en la pregunta 72, que se integra por estos otros elementos, no totalmente coincidentes:

«¿Qué es la Iglesia?

- La Iglesia es la gran familia de los que creen en Jesús (6°);
- y lo siguen bajo la guía del Espíritu Santo (7°);
- unida por los mismos sacramentos (8°),
- tiene como pastores a los sucesores de los apóstoles (9°)».

Nada de los cuatro rasgos de la segunda se ve en la primera; y viceversa, ninguno de los elementos que aparecían en la primera se incorporan a la segunda. Ésta, particularmente en los dos últimos trazos, aparece más como la institución que funciona de una manera peculiar. Es forzoso que hay que elegir para presentar la fe con la mayor perfección, porque no es posible acumular los matices de una y otra y constituir una definición con nueve características.

Sin embargo, el mismo catecismo proporciona una eficaz y notoria solución, cuando dice en la pregunta 73: «¿Por qué decimos que la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios? La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios porque, guiada por el Espíritu Santo, camina hacia Dios Padre con Jesucristo, el Señor». Ésta incorpora el plan de Dios y la alianza (elemento 2°, y en parte el 1°); se centra en Jesús (3° y 6°), con la expresa referencia al Espíritu Santo (7°). Es hondamente trinitaria. Deja en un segundo plano aspectos de su funcionamiento (8° y 9°). Y cuenta, además, con un glorioso y hermoso precedente en GS 1, que dice: «...la comunidad que ellos forman está compuesta por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre, y han recibido el mensaje de salvación para proponérselo a todos».

Creo, por consiguiente, que habría que dar por preferible la definición de la pregunta 73, aunque la respuesta no se presente vinculada a la pregunta ¿Qué es la Iglesia? (Pregunta 72). Y creo que habría que resaltarla todo lo que fuera necesario, y con vigor. Me temo, sin embargo, que la mayor parte de los catequistas se dispensen de la reflexión sobre todos estos rasgos, y se limiten a repetir lo que se les pone delante, aunque la pregunta 72 no sea precisamente la que merece mejor calificación teológica. Acaso, porque prima lo institucional frente a lo vivido desde la fe.

### Celebrante del bautismo

En la p. 175 está descrito el desarrollo de la celebración del bautismo, y se anota: «el obispo, el presbítero o el diácono derramó sobre tu cabeza el agua bautismal...». Se podía haber dicho con sencillez que el celebrante..., pero de esta manera no quedaba suficientemente expresado quién podía ser el ministro según señala la reflexión eclesial. Se asegura de esta forma el aspecto litúrgico o canónico. Pero incomprensiblemente se omite algo que una rancia tradición, con siglos a sus espaldas, enseñaba sobre el ministro extraordinario del bautismo en caso de urgencia. Esta laguna podría deberse a que en la actualidad no hay urgencias.

### El crisma

En la misma página, también sobre el bautismo, aparece otro dato llamativo, poderosamente: «El crisma significa y transmite el don del Espíritu Santo al nuevo bautizado». El *Ritual del bautismo de niños*, n. 129, dice: «...os consagre con el crisma de la salvación para que entréis a formar parte de su pueblo y seáis para siempre miembros de Cristo...»; y el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, n. 224 enseña: «Dios... os unge con el crisma de la salvación para que, agregados a su pueblo, como miembros de Cristo permanezcáis para la vida eterna». Ambos rituales se refieren a los renacidos «por el agua y el Espíritu Santo». ¿De dónde, pues, que después de bautizados en el agua y el Espíritu, el crisma «significa y transmite el Espíritu Santo?», ¿hay que hablar de una doble transmisión? La respuesta a esta extraña afirmación, acaso haya que buscarla en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1.241. Pero en ese caso no hay más remedio que afirmar que se ha cometido una tropelía, puesto que la frase aludida de *Testigos del Señor*, dice más que el número correspondiente, que indica que el crisma «significa el don del Espíritu Santo». Pero aquí se ha ido más lejos aún al asegurar que «significa y transmite el don del Espíritu Santo». Creo necesaria una rectificación en este punto para que las cosas queden claras y para que la verdad litúrgica y celebrativa no quede comprometida.

### Calificación moral

Cuando se aborda el tema 31, el del sacramento de la penitencia, tanto en el texto, como en las preguntas correspondientes del final del catecismo, se emplean los términos de «mortal» y «venial», en lugar de «grave» y «leve». Es una opción, aunque hay que decir que se ha escogi-

do la que expresa mayor rigor, según el uso del lenguaje. Si el catecismo pretende educar en la fe, no hubiera estado de más que hubiera empleado la misma terminología que se ha empleado en otros momentos para diferenciar la importancia de las faltas; resulta más asequible al destinatario. Esto mismo aparece también en la p. 226, cuando se explica en qué consiste el pecado.

#### Sacramento sin fórmula

Al presentar la unción de enfermos, se omite la fórmula sacramental. Sucede otro tanto en el sacramento del orden, debido a su extensión, y a la triple fórmula de este sacramento. Pero no encuentro la razón de que se omita en la unción de enfermos, especialmente cuando se ha hecho constar en el resto de los sacramentos.

#### Presencia de Jesús en Caná

Hay que llegar a la p. 200, en el tema del matrimonio, para encontrar una frase desconcertante: «La presencia de Jesús en las bodas de Caná es la confirmación de la bondad del matrimonio». ¿No estamos ante una interpretación ridícula? Desde la sobriedad del evangelio, la presencia de Jesús en esa ocasión denota que comparte las alegrías de sus amigos, como la presencia junto a la tumba de su amigo Lázaro denota que también comparte sus penas. Resulta aún más ridículo si se da la vuelta a la frase, ya que aparece más evidente lo absurdo de la afirmación; la frase inversa sería así: «hasta que Jesús no asistió a las bodas de Caná, el matrimonio no era bueno». ¿Qué necesidad hay de recurrir a afirmaciones insustanciales, cuando no comprometidas? Porque si Jesús no estuvo presente en otras muchas actividades humanas, ¿habrá que deducir que éstas son malas...?

#### Formar la conciencia

Aparece esta cuestión en la p. 223. Se valora y recomienda la oración como un recurso para formar la conciencia recta. De acuerdo. Pero se omiten otros recursos, igualmente válidos: la consulta a otras personas, las lecturas, la reflexión sobre la práctica moral habitual de los cristianos, el debate,... Nada se hubiera perdido si esto se hubiera indicado; no hacerlo supongo que algo se ha perdido.

### La conversión

Prosigue el tema de la formación de la conciencia, con una invitación a la conversión en la p. 226. Pero la decisión de que en el catecismo no aparezcan referencias a lugares similares, hace que al plantear la conversión, no se recuerde que en las p. 122 y 168 ya se había dicho algo en este sentido. No sé si todos los muchachos y todos los catequistas serán capaces de relacionar estos lugares. Por otro lado, el epígrafe que encabeza la página es literalmente evangélico, pero no se indica ni con comillas, ni con la cita correspondiente de Mc. 1, 15, que no hubiera estado de más. Y, como ya apareció, la terminología elegida es la de «mortal-venial», con preferencia a la más simple y común de «grave-leve».

### Quitar importancia

En la p. siguiente, la 227, el recuadro se centra en la «Iglesia santa y necesitada de purificación», donde se reproduce un párrafo expresivo de LG 8. Hay algunas cosas curiosas. La primera es que no se emplea el texto de la versión oficial promovida por la misma Conferencia Episcopal (Madrid, 1996), sino otra versión anterior a la oficial (1966); donde la versión oficial del texto conciliar dice que la Iglesia «busca sin cesar la conversión», el párrafo reproducido lo cambia por «avanza continuamente por la senda de la penitencia». La segunda cosa que hay que indicar es que parece que hubiera un cierto pudor malsano en emplear, aplicado a la Iglesia, el adjetivo «pecadora». El titulillo de ese recuadro hubiera sido más claro e incisivo: «La Iglesia santa y pecadora». Nada dice la *Guía básica* al respecto, como si pasara de puntillas por el tema.

### Equívoco absoluto

En el momento de presentar las exigencias morales del quinto mandamiento (p. 236) la afirmación sobre la protección de la vida incluye, entre otros modos de violentarla «la guerra injusta». ¿Cuándo es justa la guerra? Desde la más remota antigüedad, todos cuantos emprendieron una guerra iban a defenderse o a salvaguardar los derechos de unos pobres indefensos; la canción es vieja y se ha cantado en todos los tonos. En cambio, reflexiones profundas sobre las consecuencias de cualquier guerra, con el potencial bélico existente y las repercusiones para la población total han llevado a moralistas en particular y a episcopados enteros a rechazarla en todos los casos. Estoy seguro de que los redactores últimos del catecismo también lo sabían, pero han elegido mantener

el equívoco. En este punto, se emplea la expresión «el crimen del aborto...»; podría haberse evitado la calificación de «crimen»; o, al contrario, haberla utilizado en todas las ocasiones: «el crimen del aborto, como el crimen del homicidio, como el crimen del asesinato, como el crimen del terrorismo, como el crimen de la guerra injusta...».

#### Ordenado...consagrado

Agustín de Hipona aparece en la p. 255, en una síntesis de su vida. Se nos dice que «fue ordenado presbítero y, más tarde, fue consagrado obispo». El término «consagrado» ha caído en desuso aplicado al episcopado, ventajosamente sustituido por el de «ordenado», que hace referencia al sacramento, en tanto que el primero se utilizó con un sentido honorífico que ha sido preterido. Aquí se utiliza, lo cual es signo de escasa actualización; con haberlo suprimido hubiera bastado

#### Fijar la fe

El recuadro de esa misma página habla de los Padres de la Iglesia. Personas no siempre muy conocidas, y menos a la edad de los destinatarios del catecismo. Éste intenta presentarlos a grandes rasgos y emplea la expresión de que «se hicieron esfuerzos por fijar la fe común». Creo que la expresión resulta difícil. Hubiera resultado mucho más sencillo decir que los esfuerzos que se realizaron trataban de diferenciar lo verdadero de lo falso, lo exacto de lo erróneo: es lenguaje que entienden los adolescentes, y resultan igualmente exacto.

#### CUESTIONES COMPLICADAS O DIFÍCILES

Naturalmente, propongo a continuación una serie de cuestiones que son difíciles desde mi criterio y desde mi experiencia. Habrá quien encuentre fácil lo que a mi no me lo parece. Pero quiero ayudar en la reflexión que suscita este catecismo, aunque supongo que no habrá cambios, pues es demasiado lo que habría que cambiar.

##### 1. La presentación firmada por los obispos

En las p. 6-7. Es larga, complicada, y aunque parezca que está dirigida a muchachos que usarán el catecismo, es una larga disertación, culta,

irreprochable, pero inasequible para los muchachos. Con la mitad –o menos– hubiera sobrado para animar a conocer la fe cristiana.

## 2. Las explicaciones

En general, las explicaciones con que se abre cada tema, en sus respectivas páginas primeras, son largas, poco ágiles, con un marcada tono doctrinal. Podría señalar unas cuantas, pero valga como ejemplo las que inician los dos temas primeros (p. 17 y 21), ambas con demasiados conceptos.

Esta tendencia hacia lo doctrinal, hacia lo conceptual, hacia lo cuajado de criterios teológicos, permite ver que en la mayor parte de las ocasiones predomina un estilo lejano. Así sucede cuando se aborda la historia de la salvación, con los retazos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Otro tanto con los temas sobre la Iglesia y los sacramentos, o en las cuestiones relativas a los mandamientos.

Hay un síntoma claro, evidente: en algunas ocasiones se plantean los temas tratando de entablar un imaginario diálogo con un muchacho individualmente (y más raro con un grupo). Pero estas ocasiones son las menos; es mucho más frecuente lo otro, la explicación doctrinal que no da lugar al diálogo. Un ejemplo de esto que digo, quizá más marcado que otros temas, es el que se encuentra en la p. 206, en que aparece la Trinidad como culmen de la fe. Ni vestigio de diálogo, que ha sido reemplazado por grandes fragmentos de la plegaria eucarística IV. Las explicaciones ocupan un primer puesto tanto en extensión como en importancia, y, en consecuencia, apelar al diálogo, a la experiencia, a captar el interés del adolescente, se desvanece en la mayor parte de las ocasiones.

Si hay algo por lo que tuvo un éxito increíble el catecismo menor de Lutero fue precisamente por su lenguaje directo, vivo, interpelante y cercano a aquellos para los que estaba destinado; el lector sentía que Lutero estaba hablando con él. Lástima que no se haya tenido en cuenta. Explicaciones más breves, subdivididas, más ágiles, con otro tono en la redacción, hubieran dado sin duda otro resultado más brillante y más eficaz. Es lástima que sea una oportunidad perdida.

## 3. Los recuadros

Podrían haber sido una ocasión para descargar de ciertos contenidos la parte de explicación (y así agilizarla más). Pero en la práctica se han convertido en nuevos aportes a sumar a la explicación.

Y si en ese terreno era más fácil una explicación sencilla y adaptada a los destinatarios (no digo que se rebajara la calidad de la enseñanza), la realidad que aparece en el catecismo es muy otra. Recuadros largos, densos, que requieren un cierto esfuerzo, y en ocasiones un esfuerzo notable. En algunos sobran explicaciones, que hubieran redundado en una comprensión mejor.

Algunos simplemente no eran necesarios o se hubieran podido obviar con una aclaración oportuna. Por ejemplo los que versan sobre *Sinaí, Jerusalén, Babilonia, Santos y pensadores*,... Otros son muy complicados, con lenguaje no adecuado, como *Un sincero amor fraterno* (p. 259); alguno contiene excesivas explicaciones, como el *Crisma* (p. 179); le sobran la mitad. El que versa sobre los *Símbolos del Espíritu Santo* resulta abigarrado, con elementos fundidos del Antiguo y Nuevo Testamento, más otros de la liturgia (p. 152). El de la p. 196 *¿Por qué los sacerdotes no se casan?* está con la vista puesta en que el texto fuera aprobado sin problemas. El recuadro *¿Qué es la comunión de los santos?* (p. 203) es retorcido, dando razón a todos los sentidos, para no quedarse con una propuesta simple y clara. El recuadro de la p. 204 (*Cielo, infierno, purgatorio*) asume e integra casi absolutamente tres preguntas de las que están en el cuestionario final; para eso, con remitir a su consulta hubiera sido suficiente. El de la p. 234 (*Buenos cristianos, buenos ciudadanos*) es largo en exceso. El recuadro *Los santos que han servido a los pobres* (p. 264), introduce nada menos que cuestiones como órdenes monásticas, órdenes mendicantes e institutos religiosos: ¿qué sabe, o qué necesita saber un adolescente de esa cuestión? El que se titula *Él es un verdadero amigo* (p. 267) tiene una cita de Teresa de Jesús, larga, muy larga, que clama por la brevedad.

No digamos nada de tres recuadros en particular: uno se titula "*Nabí*", *Profeta* (p. 81): ¿qué sentido tiene esa exhibición pedante? Porque, según esa lógica, habría que apostillar todo lo que tuviera un equivalente hebreo, por razones culturales: Bereshit-Génesis, dabar-palabra, y así sucesivamente. El otro ejemplo, casi en estricta línea con el anterior se encuentra en la p. 215, titulado *Sinagoga*, en el curso del cual se suelta el exabrupto del «Sabbat», posiblemente porque no había una palabra castellana que pudiera usarse, por lo que era imprescindible el hebraísmo. Y qué decir del recuadro de la p. 72, *Horeb o Sinaí*. Nos informa que tiene una altura de 2.285 metros. Y a continuación (¡oh sorpresa!) nos asegura: «En esa gran altura Dios constituye al pueblo de Israel». ¿Qué tendrá que ver la voluntad divina con la altitud sobre el nivel del mar? A

176 metros de altitud Dios hizo una propuesta singular a una muchacha llamada María que vivía en Nazaret: no hay que buscarle sólo en las alturas.

#### 4. Otras expresiones difíciles

En la p. 181 se habla de Ignacio de Antioquía, «uno de los Padres apostólicos»; en la p. 247 se habla de «los Padres de la Iglesia»: no tengo el más mínimo problema en reconocer que no oí ni capté esas expresiones hasta que estuve estudiando teología, y no antes. ¿Tan importante es que conozca esto un adolescente que quiere vivir como cristiano?

Desde hace muchos años se ha insistido una y otra vez que el protagonista verdadero de la parábola es el padre misericordioso, y no el hijo «pródigo» y que sería bueno desterrar una palabra que dicen, sin entender, multitud de cristianos. Invito a quien quiera a hacer la prueba, y saldrán los significados más dispares a la palabreja, salvo cuando se trata de personas cultas. Pues bien, el catecismo la asume en la p. 22, y la repite en la p. 188; y además en ninguno de los dos casos la explica ni remite al dibujo que aparece en las p. 118 y 189. ¿Es preferible la repetición mecánica, o la explicación adecuada?

Se enseña en el tema 42 (p. 236) que el cristiano debe cuidar la vida «desde su concepción hasta su conclusión natural» ¿Por qué no emplear la palabra «muerte»?

En el tema 49, p. 268, el tema es el de la oración y el texto dice «los primeros cristianos empezaron muy pronto a congregarse en comunidad»: muy bien, pero falta un ejemplo en que se perciba con facilidad lo que se enseña.

En los temas 46 a 50 se proponen diversos modelos de actuar del cristiano, y se introducen con un ejemplo particular en cada caso. El problema es viejo, puesto que todos los modelos que se proponen son de religiosos (apenas se cuentan santos canonizados seculares). Ya de por sí esto constituye una clara tendencia y un problema para hablar de esta parte de la Iglesia. Pero además, en cada uno de ellos se hace un compendio de sus vidas, y no aparecen sus dudas, sus inseguridades, sus miedos: son santos a la antigua usanza, santos desde la cuna. En la p. 271 se habla de Ignacio de Loyola; no consigo saber por qué se destacan en negrita las palabras «**Compañía de Jesús**».

Para completar este apartado de las cuestiones complicadas o difíciles, sigo sin entender que en un texto como éste se siga empleando la

abreviatura latina «confer», escrita como «cf.», si se puede hacer en castellano también.

Y no capto a qué se puede deber que en la p. 332, tras la referencia de la editorial, conste esta expresión latina, colada como de puntillas: «Noverim me, noverim Te», de san Agustín, *Soliloquios*, II, 1, 1: ¿qué pinta esto aquí?, ¿y en tan extraño lugar?, ¿y en latín?

#### LAS ILUSTRACIONES Y DIBUJOS

La parte visual del catecismo también debía haber sido objeto de revisión antes de haberse publicado, puesto que hay cosas que, sin ser demasiado exigente, están mal y es preciso reconocer. Supongo que se habrán desechado antes otros dibujos y otras fotografías; pero las imágenes que han llegado a sus páginas no siempre son las más adecuadas.

En la doble página 48-49 se presenta el conjunto de libros que constituyen la biblia. Ya anoté algunas cosas acerca de su contenido. Ahora corresponde fijarse en las ilustraciones. En primer lugar, a la izquierda. Un niño sube por una escalera para alcanzar un libro de la parte alta de la estantería; pero la escalera tiene el segundo peldaño desde abajo notablemente ladeado, y no por una reparación mal hecha, sino que se trata de peldaños que están mal ensamblados: nadie hace una escalera así de mal.

En tres de los estantes aparecen tres dibujos que nunca debieron haber sido aceptados por los responsables de la edición: el paso del mar Rojo, al estilo de las grandes superproducciones del cine, pero que luego el catequista tiene que explicar, si lo hace bien, como parte del género literario de la epopeya que tiende a magnificar las cosas. La explicación – si existe – se tiene que enfrentar con el dibujo, que asume sin más la literalidad de Ex. 14, 22, pero se olvida del versículo anterior, Ex. 14, 21. (El dibujo consta en el catecismo en las p. 48 y 71).

El segundo dibujo muestra la pelea de David y Goliat. La misma epopeya aludida tiende a magnificar las cosas para que la desproporción sea exagerada, y la victoria más notable (1S. 17, 4-7); el dibujo –calidad estética aparte– del guerrero filisteo y del muchacho judío refuerza lo exagerado de la narración, en lugar de ayudar a entender una lucha más ajustada entre un guerrero adulto y un muchacho. Además, es patente que el dibujante, José Miguel de la Peña, no ha usado nunca la honda,

pues, de haberlo hecho, jamás la dibujaría como lo ha hecho después de lanzar la piedra.

El tercer dibujo se refiere al género novelado, a Jon. 2, 1. La explicación –si existe– tiene que enseñar que no hay un pez así, ni un cetáceo engulle a un hombre, ni éste puede sobrevivir tres días más que en el relato de Jonás, y en el Pinocchio y Gheppeto. Pero la primera transmisión, la que sugiere el dibujo, muestra lo contrario con Jonás engullido por un boquerón gigante; y si no hay explicación adjunta, esto queda así. (Se repite el dibujo en la *Guía básica*, p. 123, sin que conste ninguna explicación sobre el género novelado).

En cualquiera de estos tres casos, los dibujos contradicen abiertamente lo que habría que manifestar sobre la biblia, y demandan imperiosamente una explicación que no estoy seguro que siempre se produzca.

En la p. 49 hay un estante destinado en exclusiva al Apocalipsis. El dibujo presenta al redactor Juan, según el texto, y la alegoría o el símbolo del águila (no aparecen los símbolos de los otros evangelistas en ningún lugar, aunque el principio de la adaptación señale que ha de «incorporar aspectos de la propia cultura»). El símbolo del águila vuelve a aparecer, sin vinculación con el texto tramado que precede, en la p. 256. Pues bien, como «aspecto de la propia cultura», el dibujante ha plasmado un águila calva americana, pero ésta no es, ni de lejos, un águila real, ni un águila imperial, ni un águila pescadora, pese a los esfuerzos de los ecologistas por defender y recuperar las especies. Suspense, pues, en cuanto a la propia cultura.

El dibujo de la p. 83 resulta sorprendente: cinco personas con unos hábitos y capas, que podrían pertenecer a alguna cofradía (?), con lámparas, en torno a una pila bautismal. Luego se entiende mejor, cuando reaparece el dibujo en la p. 146, que lo sitúa en el contexto de la vigilia pascual, donde sorprende menos. Pero no es frecuente, sino excepcional en nuestras comunidades cristianas, que se bauticen cinco adultos en una misma ocasión, ni es preceptivo que tengan que ir vestidos así. El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (n. 33 y 225) es mucho más sobrio, y el sentido común se inclina por una ropa de fácil uso. Es dibujo es, pues, doblemente irreal.

El dibujo de la p. 95 presenta a una persona leyendo en el transcurso de una celebración litúrgica. En las p. 100-101 aparece más claro el contexto de la celebración. Resulta que es el diácono que en la p. 15, portaba el cirio pascual. Pero hay que buscar en las diversas páginas indicadas, para acertar a interpretar lo que figura en la p. 95, que en el contexto de

la explicación de ese tema sobre Juan el Bautista, parece un tanto forzado. Pero resulta aún mucho más forzado el mismo dibujo privándolo del contexto de donde ha sido tomado; en las p. 100-101 aparece ese contexto y la explicación habla de la vigilia pascual. Es preciso volver a la p. 39, donde se representa el momento de las lecturas en la vigilia pascual. Entonces los participantes están sentados mientras una persona lee; pero en las p. 100-101 están en pie y misteriosamente han desaparecido los asientos. Aún es más grave otra desaparición: está el diácono, junto al acólito, un nutrido coro, una serie de personas participantes (que no podrán sentarse cuando proceda), pero... es una celebración de la vigilia pascual sin presbítero. Quizá es que el presbítero que figuraba en la p. 39 ha tenido que abandonar la asamblea a media celebración para acudir a otra que tenía pendiente a hora distinta. Si hace unos años se hicieron dibujos explicativos de la misa, en que sólo aparecía el sacerdote y el monaguillo, pero sin pueblo, ahora se han invertido los términos, pues está el pueblo, con diácono, pero sin presbítero. El dibujo de 100-101 no sirve. (Además cabe preguntarse en las «situaciones peculiares que vive la iglesia local», como principio de adaptación, si son más comunes las celebraciones con diácono, o sin diácono).

Quien haya cogido alguna vez un serrucho para serrar un madero sabrá que tal como aparece el dibujo inferior izquierdo de la p. 105 (repetido en 116), no hay forma de serrar. Si se quiere representar el trabajo, ha de ser real, y no ficticio.

El dibujo de unas vasijas en la p. 201 me parece que es puro relleno, y nada tiene que ver con el tema del matrimonio que se presenta en ese lugar. Nada aporta y se podría haber cambiado con ventaja por otro.

En cambio, aporta –y mucho– el que figura en las p. 212-213: una larga y variada fila de personas se acercan a comulgar; pero en el extremo inferior derecho, fuera de las puertas del templo, hay una silueta en negro; no se sabe si mira, si viene, o si se aleja. El empleo del color para unos y del negro para la persona ausente no se puede dejar pasar. Es algo preconsciente que el negro se asocia a lo malo y el blanco a lo bueno. Quien está ausente del templo, según este dibujo, es malo; no se dice con palabras, sino con colores. Ni tampoco se dice con palabras, pero la diagonal que parte del extremo izquierdo (cirio), y que está marcada por la fila de los que se aproximan a comulgar, queda interrumpida y no llega al extremo inferior derecho (el ausente). Se expresa, pues, que el interior del templo es luz, salvación, bondad, en tanto que el exterior es lo contrario: tiniebla, perversión, maldad. ¿Dónde está, la enseñanza conciliar tan

nuclear de que la Iglesia es sacramento universal de salvación? (LG, 1). Por lo que comunica con el lenguaje visual, se trata de un dibujo perverso.

De inadecuado hay que calificar el que figura en la p. 227. Se quieren personificar en imagen las tentaciones de Jesús. Esto no ayuda nada para tener que explicar que las tentaciones, como hombre en plenitud, se presentan en cualquier momento o lugar, y que el relato evangélico trata de acumular en un momento y espacio lo que forma parte del ser humano. Es –de nuevo– lectura literal del texto. Pero además, un personaje agazapado, con antifaz y rabo (¿si no, qué es el apéndice ensortijado de la derecha?) no ayuda a despegarse de las más rancias e inservibles representaciones. Sólo falta que aparezca con tridente, garras en lugar de manos y patas de chivo, y nada faltará de «lo de toda la vida».

De las fotografías, quiero fijarme en la que aparece en la parte inferior de la p. 243. Se la mostré a una persona, que, tras un rato de examinarla, no vio nada especial. Yo le ayudé a caer en la cuenta que se trata de una mano, concretamente la izquierda, femenina, con una alianza en el dedo anular. Lo que la fotografía no dice, pero transmite, es la influencia del cine americano y de las costumbres yanquis: según su costumbre, la alianza se la pone el hombre a la mujer (no a la inversa), y en la mano izquierda, en el anular. De esta forma, el mensaje se hace llegar «de modo cercano a la mentalidad del destinatario»... americano. Es otro de los principios de la adaptación del texto. ¿Aceptamos inconscientemente la colonización yanqui, o aceptamos conscientemente que queremos ser colonizados?

Un par de detalles más en este apartado. Se refieren a los iconos empleados. En la p. 50, junto al texto aparece el icono de una llama, repetido en las p. 103 y 149, cuyo significado no se aclara en la p. 10, donde se pretenden explicar los que se usan en el catecismo. En esa misma p. 10, el tercero de los iconos usados, que indica lo que se refiere a la oración y la liturgia, es un elemento inexpresivo y extraño, formado por tres círculos de diversos tamaños, unidos entre sí: ¿una nube?, ¿algo que crece y decrece? Sin duda, mal elegido.

#### LAS PREGUNTAS

En el catecismo hay dos tipos de preguntas. Están las preguntas abiertas, sin respuesta propuesta de manera inmediata, que obligan a

pensar, reflexionar, buscar una respuesta válida entre otras posibles, sopesar las razones por las que tal respuesta ha de ser asumida por el creyente, que exigen ser meditadas; algunas de estas preguntas se las ha formulado el adolescente en otras ocasiones, antes incluso de acudir a la catequesis, o al margen de ella: ¿Por qué existe el mal?, ¿qué hace Dios que no lo impide?, ¿qué quiero ser de mayor?, ¿por qué he de portarme de esta manera determinada?, ¿vale todo?,...

Otras preguntas son preguntas cerradas, pues suministran la respuesta precisa, exacta, matizada, en la que no cabe siempre añadir o cambiar muchas cosas (o en la que muchos catequistas ni se plantean que se pueda contestar de otra forma). Son respuestas tipificadas, a veces con una carga teológica notable. No se dice que estén destinadas a ser aprendidas de memoria –como ocurrió en el pasado– pero tampoco se sugiere que sirven de orientación para formular la respuesta adaptada a la mentalidad o expresión de los destinatarios. La *Guía básica*, p. 17 indica que están las 162 preguntas del catecismo precedente *Jesús es el Señor*, más otras 72 preguntas. Se integran en un apartado al que se ha titulado «Fórmulas de fe», con el epígrafe «preguntas y respuestas».

Resulta llamativo que éste es el único apartado al que el texto remite habitualmente, para que las preguntas sean consultadas y tenidas en cuenta. Quizá porque se trata de lo más importante en la mente de los redactores, y lo que hay que retener. Ahora bien: las llamadas a las preguntas, en el texto, no aparecen cuando al final de cada tema, como síntesis, hay una pregunta. No sé indica qué lugar ocupa ésta en el elenco final; y es preciso buscarla. Repetir la pregunta en el mismo tema es buen procedimiento. Hubiera sido mejor si en el tema, se hubiera indicado el número de la pregunta; y si en la relación final, a cada una se hubiera añadido con qué tema se vincula. A propósito de esto, hay preguntas a las que se remite hasta cuatro y cinco veces, mientras que otras preguntas de la lista última –media docena– no son citadas nunca en el texto y sólo aparecen en el apéndice de interrogaciones.

La calidad teológica y pedagógica de las preguntas y sus respuestas es muy variada. Alguna es un perfecto sofisma, ya que la respuesta no añade nada a la pregunta, y repite literalmente toda la interrogación, como ocurre en la pregunta 14.

A veces aparecen incluso contradicciones flagrantes. La pregunta 38 se refiere a toda la creación y entiendo que en la segunda parte de la respuesta se refiere al hombre, a todos los hombres, cuando dice: «Dios cuida de todas las cosas con sabiduría y amor. Especialmente cuida de

nosotros porque nos ha hecho hijos suyos a imagen de su Hijo, Jesucristo». Si «nosotros» se refiere a todos los hombres, ¿cómo entender que «el sacramento del bautismo nos hace hijos de Dios a imagen de Jesús» (pregunta 97)? Se emplean las mismas expresiones con milimétrica precisión: «nos ha hecho hijos suyos a imagen de su Hijo, Jesucristo», en el primer caso; «nos hace hijos de Dios a imagen de Jesús», en el segundo. Por separado, es más fácil que nadie se fije; pero una al lado de la otra, alguna de las dos respuestas ha de ser forzosamente revisada, si es que el bautismo aporta algo a quien lo recibe.

La pregunta 30 es la única que incorpora un texto bíblico literal, que está, además, destacado con negrita cursiva, más la cita correspondiente. Pero está mal. El empeño reiterado de no emplear las comillas (¿para qué se habrán inventado?) ofrece esta respuesta: «La Sagrada Escritura nos dice: Dios es amor. ***En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios mandó al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él*** (1 Jn. 4, 8-9)». La respuesta adecuada tendría que haber sido así: «La Sagrada Escritura nos dice: “Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios mandó al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn. 4, 8-9)». Lo de menos serían las comillas, si se hubieran puesto bien, porque la frase «Dios es amor» es asimismo enseñanza bíblica, que no destaca por los tipos empleados, ni porque parezca que haya que incluirla en la cita. Mal, sin duda.

La reproducción de la p. 135, incluye al pie una pregunta y su respuesta. Pero no coincide con lo que enseña el elenco final. En la p. 135 aparece así: «¿Qué quiere decir que Jesús resucitó de entre los muertos? Quiere decir que Jesús, después de morir y ser sepultado, fue devuelto a la vida por el poder de Dios, su Padre, para no morir jamás». Es la pregunta 61 (p. 288). Pero la pregunta 64, en la misma página, dice: «¿Por qué la resurrección de Jesús es tan importante para la vida cristiana? Porque con la resurrección Cristo realiza la promesa de Dios en favor de los hombres de darles la vida nueva que no tendrá fin». En la pregunta 61, «fue devuelto a la vida»; en la pregunta 64, «darles la vida nueva». El adjetivo dice algo; algo más, que en la primera ocasión no está expreso. Es evidente que el adjetivo no sobra; lo que es evidente es que falta.

Llevamos una serie de años repitiendo que es necesaria la evangelización de la sociedad en que la Iglesia vive. Que no se trata de añorar ni de pretender volver a una situación pasada, que se conoció con el término de cristiandad. Es fácil decirlo, pero cuando hay que descender a los detalles concretos, es más socorrido recurrir a lo de siempre, a lo conocido, a lo que dio resultado; en definitiva, a la cristiandad. No es fácil asumir que la evangelización en un mundo que se rige por criterios no evangélicos –no necesariamente opuestos– precisa y demanda que se ofrezca la fe de otra manera distinta.

Pues bien, esto no se da en el catecismo *Testigos del Señor*, que se sitúa, con firmeza, en un planteamiento de innegable cristiandad. El repetido recurso de la vigilia pascual, con el que se articula, da por sentado que los destinatarios del catecismo, adolescentes, han asistido y conocen el desarrollo de la misma, como un hecho tan normal como asistir a la escuela. Así aparece en las p. 19, 53, 55, 69, 78, 84, 91, 147. Esto alcanza a algunos adolescentes, pero no a la mayoría.

Que la celebración misma de la vigilia sea con la intervención de diácono (p. 15, 39, 95, 100, 146) está bastante lejos de la realidad cotidiana actual. Que se lo digan a muchos curas rurales con numerosas parroquias a su cargo. Es la misma desconexión con la realidad que se aprecia cuando el *Misal romano* señala en sus rúbricas, especialmente en torno a la Semana Santa que el diácono haga tal o cual cosa, que otros ministros traigan un objeto, que otros ayudantes realicen una intervención, o que el coro entone unos cantos procesionales.

El dibujo del acólito con una bandeja a la hora de la comunión (p. 29 y 212) está fuera de lugar, cuando es frecuente en nuestras comunidades acudir a ministros ordinarios y extraordinarios para distribuir la eucaristía, y no sólo en circunstancias singulares.

El estilo con que están redactadas algunas explicaciones refleja con evidencia esa mentalidad de cristiandad; valga como ejemplo: «si pasas por delante de una iglesia, entra» (p. 21), pero las iglesias tienen que estar cerradas a cal y canto. Otro ejemplo es la oración de laudes y vísperas (recuadro p. 67), desconocidas para la mayoría de los cristianos (y no digamos nada de los que no quieren saber nada de esto). Salvo aquellos pueblos o comunidades cuya fiesta titular sea la Presentación de Jesús en el templo, o popularmente las candelas, para el resto, las candelas es algo ignorado, aunque se pretenda descubrir en el catecismo que es un anticipo de la vigilia pascual (p. 123). La mayoría de estas celebraciones, en un país de vieja cristiandad, se llevan a cabo sin bautizos (p. 147). No resulta

muy cierto afirmar –y los hechos lo contradicen con pasmosa frecuencia– que «los padrinos y madrinas tienen un papel muy importante como acompañantes de la fe» del bautizado (p. 176): remito a la práctica parroquial cotidiana. La existencia y el uso del agua bendita en la entrada de los templos no es habitual, aunque la foto de la p. 177 quiera mostrar lo contrario como gesto ordinario.

La p. 200 tiene un texto tramado con el epígrafe «casarse como cristianos en la iglesia». Pero no se dice nada sobre situaciones críticas, matrimonios rotos, uniones de hecho, uniones de casados con parejas distintas, hijos en una familia procedentes de padres diferentes,... Esto lo saben y lo padecen numerosos adolescentes, que encuentran en el catecismo una situación idílica que les resulta desconocida en su vida diaria. Tanto como el bonito texto de Tertuliano de la página siguiente (p. 201), de difícil aplicación hoy.

La p. 82, sobre los profetas, no menciona a los nuevos profetas de hoy, los horóscopos y echadores de cartas a los que acuden, rendidos, numerosos clientes. Sí sale el horóscopo en la p. 230, como una forma de incumplir los mandamientos, sin asumir dónde están cordialmente enraizadas muchas personas. Al hablar de la muerte y la vida futura, no se dice una palabra sobre la tan traída y llevada reencarnación que arrastra el convencimiento de multitudes (p. 204-205), a pesar de que LG, 48 hiciera referencia a ella hace ya medio siglo. El recuadro de la p. 221 «La verdad os hará libres» no dice nada sobre el capcioso criterio tan difundido de que es cierto lo que expresa la mayoría, o los que dicen hablar en nombre de ella (se hace una alusión a la manipulación de los medios de comunicación en p. 250).

La p. 222 reproduce las bienaventuranzas, el programa del reino que Jesús vino a traer; no se contrasta con otros criterios, ampliamente extendidos, hondamente aceptados, y no siempre coincidentes; el catecismo, en línea de cristiandad plena, ignora estos otros criterios. Lo mismo cabe afirmar del recuadro de la p. 242 «¿Por qué la Iglesia tiene algo que decir sobre la sexualidad?», en abierto contraste con otros supuestos. Tímida, muy tímida, la afirmación del recuadro de la p. 53 sobre la creación del mundo que asegura que algunos dirán otra cosa diversa de la biblia; y en general cuanto se refiere a la relación entre fe y ciencia, solapada, o mal abordada, con más miedo que acierto. Lo mismo cabe decir cuando el recuadro de la p. 256 habla de los santos, y del nombre de un santo que se nos puso el día del bautismo...: que lo digan los Iker, Vanesa, Katia, Kevin, Berenice, Glenn o Rony, por no seguir.

Son muchos detalles, demasiados detalles, reveladores de que la confección del catecismo está anclada en criterios de una cristiandad de la que no se quiere desprender, para no asumir, a la intemperie, otras propuestas o interrogantes, en medio de los cuales la Iglesia ofrece su respuesta coherente, fundamentada y arriesgada. El catecismo está pensando en adolescentes de los que casi no existen más que en reductos muy cerrados e impermeables. Hago mía la frase que otro dijo hace ya muchos años a propósito del entonces nuevo catecismo francés: «Con este catecismo, el muchacho no llega ni a la esquina de la calle».